

## Después del prompt: ¿para qué educamos en la era de la inteligencia artificial?

Blanca Patricia Segura Silva

Nunca habíamos tenido tantas respuestas al alcance de la mano. En apenas unos segundos, un estudiante puede pedir a una inteligencia artificial que explique un concepto, resuma un libro, compare dos teorías, construya un argumento o escriba un ensayo. La pregunta inmediata parece ser qué debemos enseñar ahora que estas capacidades se encuentran disponibles para millones de personas. Pero quizá existe una pregunta anterior y mucho más importante:

### ¿Para qué educamos?

La llegada de la inteligencia artificial generativa no solamente está modificando nuestras herramientas. Está poniendo en crisis algunas de las ideas sobre las que hemos construido la educación.

Durante mucho tiempo asumimos cierta correspondencia entre el producto académico y el proceso intelectual que lo originaba. Si un estudiante escribía un buen ensayo, suponíamos que había leído, seleccionado información, relacionado conceptos, interpretado, dudado y finalmente construido una postura. Hoy esa correspondencia puede romperse. Podemos obtener el producto sin haber atravesado necesariamente el proceso.

Y si esto es así, tal vez la inteligencia artificial no esté destruyendo la educación. Quizá esté haciendo visible algo que ya necesitábamos discutir: **con demasiada frecuencia hemos confundido las evidencias del aprendizaje con el aprendizaje mismo.**

### De la educación bancaria a la educación de prompts

Esta discusión hace inevitable volver a Paulo Freire. En *Pedagogía del oprimido*, Freire (2018) cuestiona lo que denomina una concepción “bancaria” de la educación: un modelo en el que el conocimiento es tratado como algo que el educador deposita en estudiantes que deben recibirlo, almacenarlo y reproducirlo.

Frente a esa concepción, Freire propone entender a las personas no como objetos del proceso educativo, sino como sujetos capaces de conocer su realidad y actuar sobre ella. Su pedagogía vincula necesariamente educación, libertad, diálogo y contexto histórico. Más de medio siglo después aparece una paradoja interesante.

Durante décadas hemos intentado abandonar una educación basada en la reproducción de respuestas y, justo cuando aparecen máquinas extraordinariamente capaces de producirlas, existe el riesgo de reconstruir alrededor de ellas una nueva forma de pasividad. El estudiante ya no necesita memorizar la respuesta. Puede simplemente solicitarla.

Entonces vale la pena plantear una pregunta incómoda:

### **¿Estamos sustituyendo la educación bancaria por una educación de prompts?**

Por supuesto, saber conversar con una inteligencia artificial puede constituir una nueva competencia. Formular instrucciones claras, evaluar resultados, modificar parámetros y utilizar estas tecnologías de manera responsable será cada vez más importante. El problema aparece cuando confundimos **saber utilizar una inteligencia con desarrollar la nuestra**.

Porque escribir un buen prompt no significa necesariamente comprender el problema que estamos planteando. Mucho menos significa reconocer si la respuesta obtenida es verdadera, pertinente, ética o incluso importante.

### **La IA no llega a un mundo vacío**

Existe, además, otro problema. Hablamos con frecuencia de la inteligencia artificial como si fuera simplemente una nueva herramienta tecnológica que hubiera aparecido en el escritorio de profesores y estudiantes. No lo es.

La IA llega a sociedades atravesadas por desigualdades económicas, educativas, lingüísticas y tecnológicas. También llega acompañada de decisiones sobre propiedad, datos, privacidad, regulación y acceso.

Por esta razón, UNESCO ha propuesto un enfoque centrado en el ser humano para la incorporación de inteligencia artificial generativa en educación. Su guía no se limita a recomendar competencias técnicas: advierte acerca de privacidad, equidad, diseño pedagógico, regulación y desarrollo de capacidades humanas (Miao & Holmes, 2023). Esta perspectiva me parece fundamental.

La alfabetización en inteligencia artificial no debería consistir únicamente en aprender **cómo utilizarla**. Tendría que incluir también la capacidad para comprender **qué estamos utilizando**.

¿Quién construye estas tecnologías?

¿Con qué datos?

¿Qué perspectivas culturales y lingüísticas representan mejor?

¿Cuáles quedan disminuidas o invisibilizadas?

¿Quién decide sus límites?

¿Quién obtiene beneficios de su utilización?

¿Y qué capacidades humanas estamos dispuestos a delegar?

Europa ya ha comenzado incluso a convertir la alfabetización en IA en una cuestión regulatoria. El artículo 4 de la Ley de Inteligencia Artificial de la Unión Europea establece obligaciones relacionadas con el desarrollo de competencias para quienes operan y utilizan estos sistemas dentro de organizaciones (Comisión Europea, 2026). Pero aun ahí permanece una pregunta educativa que ninguna regulación puede responder por nosotros:

¿Qué significa estar verdaderamente alfabetizado frente a una inteligencia artificial?

### **Educar para el empleo... ¿y para qué más?**

La discusión se vuelve todavía más compleja cuando entra el mercado laboral. La preocupación no es imaginaria. La Organización Internacional del Trabajo estima que aproximadamente uno de cada cuatro trabajadores en el mundo se encuentra en alguna ocupación con cierto grado de exposición a la inteligencia artificial generativa. Sin embargo, sus investigaciones consideran actualmente más probable una transformación de buena parte de los empleos que su desaparición completa (Gmyrek et al., 2025).

Ante este escenario aparecen palabras que ya forman parte de nuestro vocabulario cotidiano: *reskilling*, *upskilling*, *AI literacy*, reconversión profesional, competencias digitales. Todas son necesarias.

Las personas necesitan trabajar. Las universidades no pueden permanecer indiferentes a la transformación de las profesiones y sería ingenuo preparar estudiantes para un mundo laboral que ha dejado de existir. Pero hay una diferencia fundamental entre reconocer las transformaciones históricas y permitir que la demanda laboral determine por completo el significado de educar.

Desde una perspectiva freireana, una educación que solamente prepara individuos para adaptarse a las condiciones existentes resulta insuficiente. La educación también tendría que proporcionar las capacidades necesarias para interpretar esas condiciones y, cuando resulte necesario, cuestionarlas. Por ello, frente a la automatización podemos hacer una primera pregunta:

¿Qué habilidades necesitará una persona para conservar su empleabilidad?

Pero podemos formular otra:

¿Qué tipo de sociedad estamos construyendo si el valor de una persona depende continuamente de su capacidad para reinventarse al ritmo de las tecnologías que transforman su trabajo?

La primera pregunta genera programas de capacitación. La segunda exige pensamiento crítico. Necesitamos ambas.

## **El valor de la dificultad**

Existe todavía otro asunto que considero importante. Aprender implica, en buena medida, atravesar dificultades. No me refiero a convertir el sufrimiento en una virtud pedagógica ni a defender procedimientos ineficientes simplemente porque siempre los hemos realizado así. Me refiero a esa fricción intelectual que aparece cuando algo no se comprende inmediatamente: volver al texto, confrontar dos argumentos, equivocarse, reformular una idea, descubrir una contradicción.

Parte del conocimiento surge precisamente de ese recorrido. La IA puede ayudarnos extraordinariamente durante ese proceso. Puede ofrecer ejemplos, comparar explicaciones, mostrar perspectivas diferentes y funcionar como interlocutora. Pero también puede permitirnos evitarlo.

Un estudiante puede solicitar diez interpretaciones de un poema sin haber intentado construir una sola. Puede obtener la síntesis de una obra que nunca leyó. Puede presentar un argumento impecablemente escrito que todavía no comprende.

Entonces quizá uno de los desafíos más complejos para la educación contemporánea será aprender a distinguir cuándo la inteligencia artificial amplía nuestro pensamiento y cuándo simplemente nos evita pensar. No se trata de defender un mundo sin IA. Ese mundo ya no existe. Se trata de decidir qué clase de relación queremos establecer con ella.

## **Saber preguntar no es suficiente**

Se ha dicho mucho que una de las grandes habilidades de nuestro tiempo será aprender a formular mejores prompts. Puede ser cierto. Pero formular buenas preguntas nunca ha sido simplemente una habilidad técnica.

Sócrates hizo de la pregunta un método filosófico muchos siglos antes de que existieran los modelos de lenguaje. La diferencia está en que una buena pregunta no surge solamente del dominio de una estructura lingüística. Surge de haber observado un problema, reconocer lo que ignoramos y comprender por qué vale la pena interrogarlo.

Por eso existe una diferencia considerable entre saber cómo preguntar y saber qué merece la pena preguntar. Quizá allí se encuentre una de las tareas esenciales de la educación en este momento histórico. No competir con las máquinas en la velocidad para producir respuestas. No intentar convertir a los estudiantes en versiones imperfectas de sistemas capaces de procesar cantidades de información que ningún ser humano podría memorizar. Y tampoco definir las capacidades humanas exclusivamente a partir de aquello que la inteligencia artificial todavía no sabe hacer.

Porque si comenzamos a decidir qué merece la pena aprender únicamente preguntándonos qué habilidades no han sido automatizadas todavía, terminaremos definiendo al ser humano por descarte.

## Después del prompt

Freire nos ayuda a recordar que educar nunca ocurre al margen del mundo.

Cada educación responde, explícita o implícitamente, a una determinada idea de persona y también a una determinada idea de sociedad.

Por eso la llegada de la inteligencia artificial no debería llevarnos solamente a actualizar programas de estudio. Tendría que obligarnos a revisar qué entendemos por formación. Necesitaremos personas capaces de utilizar inteligencia artificial, sin duda. Pero también personas capaces de reconocer sus límites; interpretar información; distinguir argumentos; comprender perspectivas distintas; crear; imaginar; dialogar; formular juicios éticos y participar conscientemente en las decisiones que transforman sus propias vidas. Personas preparadas para trabajar, pero no únicamente para trabajar.

Porque la educación no debería tener como finalidad producir al ser humano perfectamente adaptable a la siguiente transformación tecnológica. Tendría que ayudarlo también a comprender esa transformación, intervenir en ella y decidir qué vale la pena conservar, cambiar o construir. Quizá, entonces, la alfabetización en inteligencia artificial más importante no consista solamente en aprender a escribir mejores prompts. Consista también en aprender qué partes de nuestra humanidad no deberíamos delegarles. Y en tiempos de respuestas instantáneas, tal vez educar signifique, más que nunca, aprender a pensar antes de preguntar y volver a pensar después de recibir la respuesta.

## Referencias

Comisión Europea. (2026). *Alfabetización en IA: Preguntas y respuestas*. Dirección General de Redes de Comunicación, Contenido y Tecnologías.

Freire, P. (2018). *Pedagogy of the oppressed* (50th anniversary ed.). Bloomsbury Academic. (Trabajo original publicado en 1968).

Gmyrek, P., Berg, J., Kamiński, K., Konopczyński, F., Ładna, A., Nafradi, B., Rosłaniec, K., & Troszyński, M. (2025). *Generative AI and jobs: A refined global index of occupational exposure* (ILO Working Paper No. 140). International Labour Organization.

Miao, F., & Holmes, W. (2023). *Guidance for generative AI in education and research*. UNESCO.